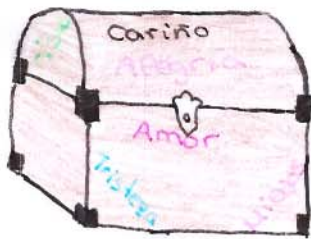


Tenía todas sus cosas en orden, mi abuela siempre fue una persona muy organizada. Todos sus recuerdos estaban metidos en un baúl de madera muy bonito. Cada uno tenía su sitio los más importantes como eran muy pesados estaban en el fondo y el resto estaban ordenados según como le hacían sentirse, estaban los que la ponían triste y siempre la hacían llorar los metía en un rincón, bien escondidos para que le costara encontrarlos, a su lado las cosas que le daban miedo y junto a ellas las que le ponían de mal humor. Encima puso sus recuerdos favoritos, para encontrarlos cada vez que abriese el baúl, así que aquí estaban: los que le daban risa, los que le daban ganas de abrazar y los más importantes los que le hacían feliz. Estos eran los tesoros más preciados de la abuela, por eso cerraba siempre el baúl con una llave que llevaba colgada del cuello muy cerquita del corazón.

El día que murió su marido, con los ojos llenos de lágrimas por la pena y el dolor, Matilda corrió a guardar ese recuerdo en el fondo del baúl, no quería volver a verlo jamás. Supongo que con las prisas debió olvidar cerrar con llave. Se metió en la cama para soñar con su marido, y así volver a estar con él, como todos los días de los últimos 65 años.



Pero ese día no soñó con él ni con nadie, solo sintió que una sombra se acercaba a su precioso baúl de madera. Al día siguiente notó un gran vacío en su vida, en su corazón

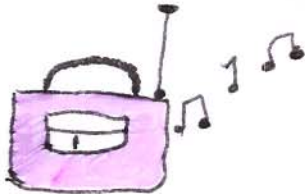
y también en su cabeza. Salió a la calle para despejarse, no recuerda a donde fue, solo se acuerda que debió estar un buen rato dando vueltas hasta que la encontró mi madre. Ninguna de las dos pensó que fuese importante que la abuela llevase puestas las zapatillas de estar en casa.

Las semanas pasaban y sus despistes iban en aumento: olvidaba los nombres y a veces no reconocía a mi madre, pensaba que era una amiga que tuvo cuando era joven y que se fue a vivir a Alemania...Una mañana mientras desayunaba, en la radio empezó a sonar su canción, aquella con la que creció, la misma que sonó en su boda y en todos los momentos importantes, aquella que tan buenos recuerdos le traía. En ese momento al compás de su canción se dio cuenta de lo que estaba pasando, la sombra que vio la noche que murió el abuelo era un ladrón, que aprovechando que el baúl estaba abierto comenzó a robar los recuerdos que allí guardaba. Lo hizo poco a poco, tan despacio que casi no se había dado cuenta. Cada noche en sus sueños se reunía con su marido y el ladrón aprovechaba ese instante de felicidad, para colarse en su habitación y coger un recuerdo de su baúl.

Decidió capturar a ese malvado que se estaba llevando toda su vida, no quería que le robara nada más. Preguntó a sus hijos y ellos sabían que se llama alzhéimer, también que es peligroso, se alimenta de recuerdos y los que más le gustan son los de personas mayores, que como han vivido más, tienen muchos y muy bonitos.

Matilda había comprobado que al ladrón le sentaba muy mal la música. Cuanto más le gustaba una canción a la abuela, más nervioso y malhumorado se ponía él, entonces se le escapaban sus recuerdos y durante un rato desaparecía de su vida y todo volvía a la normalidad, sabía los nombres de sus hijos, los nuestros, su color favorito, el número de

su portal y la calle donde vivía. También se dio cuenta de que el ladrón no podía entrar en sus sueños, cuando dormía sus recuerdos estaban ahí y que tampoco le gustaban las pastillas que le había recetado el médico, era tomarlas y el ladrón salía corriendo.



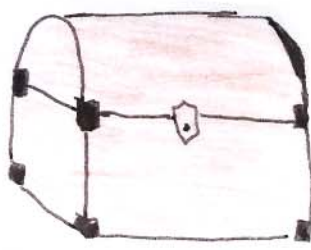
Un día decidió esperarle, no dormiría ni se tomaría la pastilla quería ver su cara fea y pedirle que le devolviese todo lo que le había quitado. Así lo hizo, se sentó en su sillón favorito, a oscuras y en silencio, no quería despertar a su familia y que la tomaran por loca. Pero el sueño la venció y estuvo toda la noche soñando con las vacaciones que pasaba con su marido en el pueblo y como enseñaba a sus hijos a montar en bicicleta.

Se despertó con el olor a tostadas y a café, se acercó a la mesa a desayunar, su hija le dio la pastilla que le devolvió la lucidez, Matilda se sintió fracasada por no haber podido atrapar a ese monstruo que se estaba llevando sus recuerdos. Quería intentarlo de nuevo, sabía que no tenía mucho tiempo, así que sería esa misma noche. Le contó a su hija, lo que pasaba, le pidió que la mantuviese despierta, que había que atrapar al ladrón, mi madre le dijo que sí, con una sonrisa y los ojos llenos de lágrimas, nunca le negaría nada a la abuela. Como si fuese una acampada cogieron un termo con café, dos linternas, sábanas y mantas. Mamá y la abuela estuvieron hablando durante horas, rieron y lloraron, la abuela quería contarle muchas cosas que les habían pasado cuando eran pequeños, con todos los detalles que fuese capaz de recordar, así quedarían en su



memoria y el ladrón no podría quitárselos jamás. Mamá se durmió, le acarició el pelo como cuando era pequeña y entonces apareció el ladrón. La abuela se abalanzó sobre él le agarró fuerte y le obligó a darse la vuelta, para poder ver su cara. Un grito quedó atrapado en su garganta ¡¡NO TENIA CARA!!

Aunque parezca increíble, la abuela sintió pena de aquel monstruo. Ahora todo tenía sentido, el ladrón no era nada, por eso se necesita alimentarse de los recuerdos de otras personas. Jamás pudo saber que es la alegría o el amor, no ha sentido el aire ni la lluvia, nadie le ha dado un abrazo, no sabe lo que es soñar, correr, jugar. Se sintió tan triste que no fue capaz de pedirle todo lo que le había robado.



La abuela se sintió muy afortunada, supo que aunque el ladrón de recuerdos se llevase los que había guardado durante tanto tiempo, jamás podría robar sus sueños nunca se llevara aquello que guardó en su corazón. Ahora sabe que sus recuerdos también están a salvo en la memoria de los suyos, de aquellos que la quieren y conocen su historia.